

diente Tauriso con ver la causa de su pena encendió más su deseo. Saludaron cortésmente las pastoras, rogándoles que, pues la Fortuna allí los había encaminado, se fuesen todos de compañía hacia la aldea. Diana no quiso ser descortés, porque no lo acostumbraba, más fué contenta en hacello así. De modo que Tauriso y Berardo encargaron á otros pastores que con ellos estaban que los recogidos ganados hacia la aldea poco á poco llevasen, y ellos, en compañía de Marcelio y Diana, adelantándose, tomaron el camino. Rogóle Tauriso á Diana que á la canción que él diría respondiese; ella dijo que era contenta, y así cantaron esta canción:

- TAURISO. Zagala, ¿por qué razón no me miras, di, enemiga?
- DIANA. Porque los ojos fatiga lo que ofende al corazón.
- TAURISO. ¿Qué pastora hay en la vida que se ofenda de mirar?
- DIANA. La que pretende passar sin querer ni ser querida.
- TAURISO. No hay tan duro corazón que un alma tanto persiga.
- DIANA. Ni hay pastor que contradiga tan adrede á la razón.
- TAURISO. ¿Cómo es esto que no tuerza el amor tu crueldad?
- DIANA. Porque amor es voluntad, y en la voluntad no hay fuerza.
- TAURISO. Mira que tienes razón de remediar mi fatiga.
- DIANA. Esa mesma á mí me obliga á guardar mi corazón.
- TAURISO. ¿Por qué me das tal tormento y qué guardas tu hermosura?
- DIANA. Porque tú el seso y cordura llamas aborrescimiento.
- TAURISO. Será porque sin razón tu braveza me castiga.
- DIANA. Antes porque de fatiga defiende mi corazón.
- TAURISO. Cata que no soy tan feo como te cuidas, pastora.
- DIANA. Conténtate por agora con que digo que te creo.
- TAURISO. ¿Después de darme pasión me escarnescas, di, enemiga?
- DIANA. Si otro quieres que te diga, pides más de la razón.

En extremo contentó la canción de Tauriso y Diana, y aunque Tauriso por ella sintió las crudas respuestas de su pastora, y con ellas grande pena, quedó tan alegre con que ella le había respondido, que olvidó el dolor que de la crueldad de sus palabras pudiera recibir. A este tiempo el temeroso BERARDO, esforzando el corazón, hincando sus ojos en los de Diana á guisa de congojado cisne, que cercano á su pos-trimería, junto á las claras fuentes va suavemente cantando, levantó la debil y medrosa voz, que con gran pena del sobresaltado pecho le salía, y al son de su zampoña cantó así:

Tenga fin mi triste vida,  
pues, por mucho que lloré,  
no es mi pena agradescida  
ni dan crédito á mi fe.

Estoy en tan triste estado,  
que tomara por partido  
de ser mal galardonado  
solo que fuera creído.

Mas aunque pene mi vida,  
y en mi mal constante esté,  
no es mi pena agradescida  
ni dan crédito á mi fe.

Después de haber dicho Berardo su canción pusieron los dos pastores los ojos en Marcelio, y como era hombre no conocido, no osaban decille que cantasse. Pero, en fin, el atrevido Tauriso le rogó les dijese su nombre, y si era possible dijese alguna canción, porque lo uno y lo otro les sería muy agradable. Y él, sin dalles otra respuesta, volviéndose á Diana, y señalándole que su zampoña tocasse, quiso con una canción contentallos de entrambas las cosas. Y después de dado un suspiro, dijo así:

Tal estoy después que vi  
la crueldad de mi pastora,  
que ni sé quién soy agora  
ni lo que será de mí.

Sé muy bien que, si hombre fuera,  
el dolor me hubiera muerto,  
y si piedra, está muy cierto

que el llorar me deshiciera.

Llámanme Marcelio á mi,  
pero soy de una pastora,  
que ni sé quién soy agora  
ni lo que será de mí.

Ya la luz del sol comenzaba á dar lugar á las tinieblas, y estaban las aldeas con los domésticos fuegos humeando, cuando los pastores y pastoras, estando muy cerca de su lugar, dieron fin á sus cantares. Llegaron todos á sus casas contentos de la pasada conversación, pero Diana no hallaba sosiego, mayormente cuando supo que no estaba en la aldea su querido Syreno. Dejó á Marcelio aposentado en casa de Melibeo, primo de Delio, donde fué hospedado con mucha cortesía, y ella, viniendo á su casa, convocados sus parientes y los de su esposo, les dió razón de cómo Delio la había dejado en la fuente de los alisos, yendo tras una extranjera pastora. Sobre ello mostró hacer grandes llantos y sentimientos, y al cabo de todos ellos les dijo que su determinación era ir luego por la mañana al templo de Diana, por saber de la sabia Felicia nuevas de su esposo. Todos fueron muy contentos de su voluntad, y para cumplimiento della le ofrescieron su favor; y ella, pues supo que en el templo de Diana hallaría su Syreno, quedó muy alegre del concierto, y con la esperanza del venidero placer dió aquella noche á su cuerpo algún reposo, y tuvo en el corazón un no acostumbrado sosiego.

*Fin del libro primero.*

## LIBRO SEGUNDO

DE DIANA ENAMORADA

Es el injusto Amor tan bravo y poderoso, que de cuanto hay en el mundo se aprovecha para su crueldad, y las cosas de más valor le favorecen en sus empresas. Especialmente la Fortuna le da tanto favor con sus mudanzas, cuanto él ha menester para dar graves tormentos. Claro está lo que digo en el desastre de Marcelio, pues

la Fortuna ordenó tal acontecimiento, que de su esposa Alcida forzado hubo de dar crédito á una sospecha tal que, aunque falsa, tenía muy cierto ó á lo menos aparente fundamento; y dello se siguió aborrescer á su esposo, que más que á su vida la quería, y en nada le había ofendido. De aquí se puede colegir cuán cierta ha de ser una presunción, para que un hombre sabio le deba dar entera fe: pues ésta, que tenía muestras de certidumbre, era tan ajena de verdad. Pero ya que el Amor y Fortuna trataron tan mal á Marcelio, una cosa tuvo que agradescelles, y fué que el Amor hirió el corazón de Diana, y Fortuna hizo que Marcelio en la fuente la hallasse, para que entrambos fuesen á la casa de Felicia y el triste passase sus penas en agradable compañía. Pues llegado el tiempo que la rubicunda Aurora con su dorado gesto ahuyentaba las nocturnas estrellas, y las aves con suave canto anunciaban el cercano día, la enamorada Diana, fatigada ya de la prolija noche, se levantó para emprender el camino deseado. Y encargadas ya sus ovejas á la pastora Polyntia, salió de su aldea acompañada de su rústica zampoña, engañadora de trabajos, y proveído el zurrón de algunos mantenimientos, bajó por una cuesta, que de la aldea á un espeso bosque descendía, y á la fin della se paró sentada debajo unos alisos, esperando que Marcelio, su compañero, viniese, según que con él la noche antes lo había concertado. Mas en tanto que no venía, se puso á tañer su zampoña y cantar esta

*Canción.*

Madruga un poco, luz del claro día,  
con apacible y blanda mansedumbre,  
para engañar un alma entristescida.  
Extiende, hermoso Apolo, aquella lumbre,  
que á los desiertos campos da alegría,  
y á las muy secas plantas fuerza y vida.  
En ésta amena silva, que convida  
á muy dulce reposo  
verás de un congojoso  
dolor mi corazón atormentado,  
por verse así olvidado  
de quien mil quejas daba de mi olvido:  
la culpa es de Cupido,

que aposta quita y da aborrescimiento,  
do ve que ha de causar mayor tormento.

¿Qué fiera no enternesce un triste canto?

¿y qué piedra no ablanda los gemidos  
que suele dar un fatigado pecho?

¿Qué tigres ó leones conducidos  
no fueran á piedad oyendo el llanto  
que quasi tiene mi ánimo deshecho?

Sólo á Syreno cuento sin provecho  
mi triste desventura,  
que della tanto cura  
como el furioso viento en mar insanó  
las lágrimas que en vano  
derrama el congojado marinero,  
pues cuanto más le ruega, más es fiero.

No ha sido fino amor, Syreno mío,  
el que por estos campos me mostrabas,  
pues un descuido mío así le ofende.

¿Acuérdate, traidor, lo que jurabas  
sentado en este bosque y junto al río?  
¿pues tu dureza agora qué pretende?

¿No bastará que el simple olvido enmiende  
con un amor sobrado,  
y tal que si al pasado  
olvido no aventaja de gran parte  
(pues más no puedo amarte,  
ni con mayor ardor satisfacerte)  
por remedio tomar quiero la muerte?

Mas viva yo en tal pena, pues la siento  
por ti, que haces menor toda tristura,  
aunque más dañe el ánimo mezquina.

Porque tener presente tu figura  
da gusto aventajado al pensamiento  
de quien por ti penando en ti imagina.

Mas tú á mi ruego ardiente un poco inclina  
el corazón altivo,

pues ves que en penas vivo  
con un solo deseo sostenida,  
de oír de ti en mi vida

siquiera un no en aquello que más quiero.

¿Mas qué se ha de esperar de hombre tan

[fiero?

¿Cómo agradescas, dime, los favores  
de aquel tiempo pasado que tenías  
mas blando el corazón, duro Syreno,  
cuando, traidor, por causa mía hacías  
morir de pura envidia mil pastores.

¡Ay, tiempo de a'egria! ¡Ay, tiempo

[bueno!

Será testigo el valle y prado ameno,

á do de blancas rosas  
y flores olorosas  
guirnalda á tu cabeza componía,  
do á veces añadía  
por sólo contentarte algún cabello:  
que muero de dolor pensando en ello.

Agora andas essento aborresciendo  
la que por ti en tal pena se consume:  
pues guarte de las mañas de Cupido.

Que el corazón soberbio, que presume  
del bravo amor estarse defendiendo,  
cuanto más armas hace, es más vencido.

Yo ruego que tan preso y tan herido  
estés como me veo.

Mas siempre á mi deseo  
no desear el bien le es buen aviso,  
pues cuantas cosas quiso,  
por más que tierra y cielos importuna,  
se las negó el Amor y la Fortuna.

Canción, en algún pino ó dura encina  
no quise señalarte,  
mas antes entregarte  
al sordo campo y al mudable viento:  
porque de mi tormento  
se pierda la noticia y la memoria,  
pues ya perdida está mi vida y gloria.

La delicada voz y gentil gracia de la  
hermosa Diana hacía muy clara ventaja  
á las habilidades de su tiempo: pero más  
espanto daba ver las agudezas con que  
matizaba sus cantares, porque eran tales,  
que parecían salidas de la avisada corte.  
Mas esto no ha de maravillár tanto los  
hombres que lo tengan por imposible: pues  
está claro que es bastante el Amor para  
hacer hablar á los más simples pastores avisos  
más encumbrados, mayormente si halla  
aparejo de entendimiento vivo é ingenio  
despierto, que en las pastoriles cabañas nun-  
ca faltan. Pues estando ya la enamorada  
pastora al fin de su canción, al tiempo que  
el claro sol ya comenzaba á dorar las  
cumbres de los más altos collados, el des-  
amado Marcelio, de la pastoril posada  
despedido para venir al lugar que con Dia-  
na tenía concertado, descendió la cuesta á  
cuyo pie ella sentada estaba. Vióle ella de  
lejos, y calló su voz, porque no entendiese  
la causa de su mal. Cuando MARCELIO lle-  
gó donde Diana le esperaba, le dijo: Her-

mosa pastora, el claro día de hoy, que  
con la luz de tu gesto amaneció más res-  
plandeciente, sea tan alegre para ti como  
fuera triste para mí si no le hubiese de  
pasar en tu compañía. Corrido estoy en  
verdad de ver que mi tardanza haya sido  
causa que recibieses pesadumbre con es-  
perarme; pero no será este el primer yerro  
que le has de perdonar á mi descuido, en  
tanto que tratarás conmigo. Sobrado sería  
el perdón, dijo DIANA, donde el yerro falta:  
la culpa no la tiene tu descuido, sino mi  
cuidado, pues me hizo levantar antes de  
hora y venir acá, donde hasta agora he  
passado el tiempo, á veces cantando y á  
veces imaginando, y en fin entendiendo en  
los tratos que á un angustiado espíritu  
pertenescen. Mas no hace tiempo de de-  
ternor aquí, que aunque el camino hasta  
el templo de Diana es poco, el deseo que  
tenemos de llegar allá es mucho. Y allen-  
de de esto me parece que conviene, en  
tanto que el sol envía más mitigados los  
rayos y no son tan fuertes sus ardores,  
adelantar el camino, para después, á la  
hora de la siesta, en algún lugar fresco  
y sombrío tener buen rato de sossiego.  
Dicho esto, tomaron entrambos el camino,  
travesando aquel espeso bosque, y por ali-  
vio del camino cantaban deste modo:

MARCELIO

Mudable y fiero Amor, que mi ventura  
pusiste en la alta cumbre  
do no llega mortal merescimiento.  
Mostraste bien tu natural costumbre,  
quitando mi tristura,  
para doblarla y dar mayor tormento.  
Dejaras descontento  
el corazón: que menos daño fuera  
vivir en pena fiera  
que recibir un gozo no pensado,  
con tan penosas lástimas borrado.

DIANA

No te debe espantar que de tal suerte  
el niño poderoso  
tras un deleite envíe dos mil penas.  
Que á nadie prometió firme reposo,  
sino terrible muerte,  
llantos, congojas, lágrimas, cadenas.

En Libya las arenas,  
ni en el hermoso Abril las tiernas flores  
no igualan los dolores  
con que rompe el Amor un blando pecho,  
y aun no queda con ello satisfecho.

MARCELIO

Antes del amoroso pensamiento  
ya tuve conocidas  
las mañas con que Amor captiva y mata.  
Mas él no sólo aflige nuestras vidas,  
mas el conocimiento  
de los vivos juicios arrebató.  
Y el alma así maltrata,  
que tarde y mal y por incierta vía  
allega una alegría,  
y por dos mil caminos los pesares  
sobre el perdido cargan á millares.

DIANA

Si son tan manifiestos los engaños  
con que el Amor nos prende,  
¿por qué á ser presa el alma se presenta?  
Si el blando corazón no se defiende  
de los terribles daños,  
¿por qué después se queja y se lamenta?  
Razón es que consienta  
y sufra los dolores de Cupido  
aquel que ha consentido  
al corazón la flecha y la cadena:  
que el mal no puede darnos sino pena.

Esta canción y otras cantaron, al cabo  
de las cuales estuvieron ya fuera del bos-  
que, y comenzaron á caminar por un flo-  
rido y deleitoso prado. Entonces dijo  
DIANA estas palabras: Cosas son maravi-  
llosas las que la industria de los hombres  
en las pobladas ciudades ha inventado, pero  
más espanto dan las que la naturaleza en  
los solitarios campos ha producido. ¿A  
quién no admira la frescura deste sombro-  
so bosque? ¿quién no se espanta de la lin-  
deza de este espacioso prado? Pues ver  
los matices de las libreadas flores, y oír  
el concierto de las cantadoras aves, es  
cosa de tanto contento que no iguala con  
ello de gran parte la pompa y abundancia  
de la más celebrada corte. Ciertamente,  
dijo MARCELIO, en esta alegre soledad hay  
gran aparejo de contentamiento, mayor-

mente para los libres, pues les es lícito gozar á su voluntad de tan admirables dulzuras y entretenimientos. Y tengo por muy cierto que si el Amor, que agora, morando en estos desiertos, me es tan enemigo, me diera en la villa donde yo estaba la mitad del dolor que agora siento, mi vida no osara esperalle, pues no pudiera con semejantes deleites amansar la braveza del tormento. A esto no respondió DIANA palabra, sino que, puesta la blanca mano delante sus ojos, sosteniendo con ella la dorada cabeza, estuvo gran rato pensosa, dando de cuando en cuando muy angustiados suspiros, y á cabo de gran pieza dijo así: ¡Ay de mí, pastora desdichada! ¿qué remedio será bastante á consolar mi mal, si los que quitan á los otros gran parte del tormento acarrearán más ardiente dolor? No tengo ya sufrimiento para encubrir mi pena, Marcelio; mas ya que la fuerza del dolor me constriñe á publicarla, una cosa le agradezco, que me fuerza á decirla en tiempo y en parte en que tú solo estés presente, pues por tus generosas costumbres y por la experiencia que tienes de semejante mal, no tendrás por sobrada mi locura, principalmente sabiendo la causa della. Yo estoy maltratada del mal que te atormenta, y no olvidada como tú de un pastor llamado Syreno, del cual en otro tiempo fui querida. Mas la Fortuna, que pervierte los humanos intentos, quiso que, obedeciendo más á mi padre que á mi voluntad, dejasse de casarme con él, y á mi pesar me hiciesse esclava de un marido que, cuando otro mal no tuviera en él sino el que causan sus continuos é importunados celos, bastaba para matarme. Mas yo me tuviera por contenta de sufrir las sospechas de Delio con que viera la preferencia de Syreno, el cual creo que por no verme, tomando de mi forzado casamiento ocasión para olvidarme, se apartó de nuestra aldea, y está, según he sabido, en el templo de Diana, donde nosotros imos. De aquí puedes imaginar cuál puedo estar, fatigada de los celos del marido y atormentada con la ausencia del amado. Dijo entonces MARCELIO: Graciosa pastora, lastimado quedo de saber tu dolor y corrido de no haberle hasta agora sabido. Nunca yo me vea con el deseado contento sino querría verle tanto

en tu alma como en la mía. Mas, pues sabes cuán generales son las flechas del Amor, y cuán poca cuenta tienen con los más fuertes, libres y más honestos corazones, no tengas afrenta de publicar sus llagas, pues no quedará por ellas tu nombre denostado, sino en mucho más tenido. Lo que á mí me consuela es saber que el tormento que de los celos del marido recibías, el cual suele dar á veces mayor pena que la ausencia de la cosa amada, te dejará algún rato descansar, en tanto que Delio, siguiendo la fugitiva pastora, estará apartado de tu compañía. Goza, pues, del tiempo y ocasión que te concede la fortuna, y alégrate, que no será poco alivio para ti passar la ausencia de Syreno libre de la importunidad del celoso marido. No tengo yo, dijo DIANA, por tan dañosos los celos, que si como son de Delio fueran de Syreno, no los sufriera con sólo imaginar que tenían fundamento en amor. Porque cierto está que quien ama huelga de ser amado, y ha de tener los celos de la cosa amada por muy buenos, pues son claras señales de amor, nascen dél y siempre van con él acompañados. De mí á lo menos te puedo decir que nunca me tuve por tan enamorada como cuando me vi celosa, y nunca me vi celosa sino estando enamorada. A lo cual replicó MARCELIO: Nunca pensé que la pastoril llaneza fuesse bastante á formar tan avisadas razones como las tuyas en cuestión tan dificultosa como es ésta. Y de aquí vengo á condenar por yerro muy reprobado decir, como muchos afirman, que en solas las ciudades y cortes está la viveza de los ingenios, pues la hallé también entre las espesuras de los bosques, y en las rústicas é inartificiosas cabañas. Pero con todo, quiero contradecir á tu parecer, con el cual heciste los celos tan ciertos mensajeros y compañeros del amor, como si no pudiesse estar en parte donde ellos no estén. Porque puesto que hay pocos enamorados que no sean celosos, no por eso se ha de decir que el enamorado que no lo fuere no sea más perfecto y verdadero amador. Antes muestra en ello el valor, fuerza y quilate de su deseo, pues está limpio y sin la escoria de frenéticas sospechas. Tal estaba yo en el tiempo venturoso, y me preciaba tanto dello, que

con mis versos lo iba publicando, y una vez entre las otras, que mostró Alcida maravillarse de verme enamorado y libre de celos, le escribí sobre ello este

*Soneto.*

Dicen que Amor juró que no estaría  
sin los mortales celos un momento  
y la Belleza nunca hacer assiento,  
do no tenga Soberbia en compañía.  
Dos furias son, que el bravo infierno envía,  
bastantes á enturbiar todo contento:  
la una el bien de amor vuelve en tormento,  
la otra de piedad la alma desvía.  
Perjuro fué el Amor y la Hermosura  
en mí y en vos, haciendo venturosa  
y singular la suerte de mi estado.  
Porque después que vi vuestra figura,  
ni vos fuiste altiva, siendo hermosa,  
ni yo celoso, siendo enamorado.

Fué tal el contento que tuvo mi Alcida cuando le dije este soneto, entendiendo por él la fineza de mi voluntad, que mil veces se le cantaba, sabiendo que con ello le era muy agradable. Y verdaderamente, pastora, tengo por muy grande engaño, que un monstruo tan horrendo como los celos se tenga por cosa buena, con decir que son señales de amor y que no están sino en el corazón enamorado. Porque á essa cuenta podemos decir que la calentura es buena, pues es señal de vida y nunca está sino en el cuerpo vivo. Pero lo uno y lo otro son manifestos errores, pues no dan menor pesadumbre los celos que la fiebre. Porque son pestilencia de las almas, frenesía de los pensamientos, rabia que los cuerpos debilita, ira que el espíritu consume, temor que los ánimos acobarda y furia que las voluntades enloquesce. Mas para que juzgues ser los celos cosa abominable, imagina la causa dellos, y hallarás que no es otra sino un apocado temor de lo que no es ni será, un vil menosprecio del propio merecimiento y una sospecha mortal, que pone en duda la fe y la bondad de la cosa querida. No pueden, pastora, con palabras encarescerse las penas de los celos, porque son tales, que sobrepujan de gran parte los tormentos que acompañan el amor. Porque en fin, todos, sino él, pueden y

suelen parar en admirables dulzuras y contentos, que así como la fatigosa sed en el tiempo caloroso hace parecer más sabrosas las frescas aguas, y el trabajo y sobresalto de la guerra hace que tengamos en mucho el sosiego de la paz, así los dolores de Cupido sirven para mayor placer en la hora que se rescibe un pequeño favor, y cuando quiera que se goze de un simple contentamiento. Mas estos rabiosos celos esparcen tal veneno en los corazones, que corrompe y gasta cuantos deleites se le llegan. A este propósito, me acuerdo que yo oí cantar un día á un excelente músico en Lisboa delante del Rey de Portugal un soneto que decía así:

Quando la brava ausencia un alma hiere,  
se ceba, imaginando el pensamiento,  
que el bien, que está más lejos, más con-  
el corazón hará cuando viniere. [tento  
Remedio hay al dolor de quien tuviere  
en esperanza puesto el fundamento;  
que al fin tiene algún premio del tormento,  
o al menos en su amor contento muere.  
Mil penas con un gozo se descuentan,  
y mil reproches ásperos se vengán  
con sólo ver la angélica hermosura.  
Mas cuando celos la ánima atormentan,  
aunque después mil bienes sobrevengan,  
se tornan rabia, pena y amargura.

¡Oh, cuán verdadero parecer! ¡Oh, cuán cierta opinión es ésta! Porque á la verdad, esta pestilencia de los celos no deja en el alma parte sana donde pueda recogerse una alegría. No hay en amor contento, cuando no hay esperanza, y no la habrá, en tanto que los celos están de por medio. No hay placer que dellos esté seguro, no hay de'eite que con ellos no se gaste y no hay dolor que con ellos no nos fatigue. Y llega á tanto la rabia y furor de los venenosos celos, que el corazón, donde ellos están, recibe pesadumbre en escuchar alabanzas de la cosa amada, y no querría que las perfecciones que él estima fuessen de nadie vistas ni conocidas, haciendo en ello gran perjuicio al valor de la gentileza que le tiene captivo. Y no sólo el celoso vive en este dolor, más á la que bien quiere le da tan continua y trabajosa pena, que no le diera tanta, si

fuera su capital enemigo. Porque claro está que un marido celoso como el tuyo, antes querría que su mujer fuese la más fea y abominable del mundo, que no que fuese vista ni alabada por los hombres, aunque sean honestos y moderados. ¿Qué fatiga es para la mujer ver su honestidad agraviada con una vana sospecha? ¿qué pena le es estar sin razón en los más secretos rincones encerrada? ¿qué dolor ser ordinariamente con palabras pesadas, y aun á veces con obras combatida? Si ella está alegre, el marido la tiene por deshonestá; si está triste, imagina que se enoja de verle; si está pensando, la tiene por sospechosa; si le mira, parece que le engaña; si no le mira, piensa que le aborresce; si le hace caricias, piensa que las finge; si está grave y honesta, cree que le desecha; si ríe, la tiene por desenvuelta; si suspira, la tiene por mala, y en fin, en cuantas cosas se meten estos celos, las convierten en dolor, aunque de suyo sean agradables. Por donde está muy claro que no tiene el mundo pena que iguale con esta, ni salieron del infierno Harpías que más ensucien y corrompan los sabrosos manjares del alma enamorada. Pues no tengas en poco, Diana, tener ausente el celoso Delio, que no importa poco para pasar más ligeramente las penas del Amor. A esto DIANA respondió: Yo vengo á conocer que esta pasión, que has tan al vivo dibujado, es disforme y espantosa, y que no merece estar en los amorosos ánimos, y creo que esta pena era la que Delio tenía. Mas quiero que sepas que semejante dolencia no pretendí yo defenderla, ni jamás estuvo en mí: pues nunca tuve pesar del valor de Syreno, ni fui atormentada de semejantes pasiones y locuras, como las que tú me has contado, más sólo tuve miedo de ser por otra desechada. Y no me engañó de mucho este recelo, pues he probado tan á costa mía el olvido de Syreno. Esse miedo, dijo MARCELIO, no tiene nombre de celos, antes es ordinario en los buenos amadores. Porque averiguado está que lo que yo amo, lo estimo y tengo por bueno y merescedor de tal amor, y siendo ello tal, he de tener miedo que otro no conozca su bondad y merescimiento, y no lo ame como yo. Y así el amador está metido en medio del

temor y la esperanza. Lo que el uno le niega, la otra se lo promete; cuando el uno le acobarda, la otra le esfuerza; y en fin las llagas que hace el temor se curan con la esperanza, durando esta reñida pelea hasta que la una parte de las dos queda vencida, y si acontece vencer el temor á la esperanza, queda el amador celoso, y si la esperanza vence al temor, queda alegre y bien afortunado. Mas yo en el tiempo de mi ventura tuve siempre una esperanza tan fuerte, que no sólo el temor no la venció, pero nunca osó acometella, y así recibía con ella tan grandes gustos, que á trueque dellos no me pesaba recibir los continuos dolores; y fui tan agradecida á la que mi esperanza en tanta firmeza sostenía, que no había pena que viniere de su mano que no la tuviese por alegría. Sus reproches tenía por favores, sus desdenes por caricias y sus airadas respuestas por cortesés prometimientos.

Estas y otras razones passaron Diana y Marcelio prosiguiendo su camino. Acabado de travessar aquel prado en muy dulce conversación, y subiendo una pequeña cuesta, entraron por un ameno bosquecillo, donde los espesos alisos hacían muy apacible sombrío. Allí sintieron una suave voz que de una dulce lira acompañada resonaba con extraña melodía, y parándose á escuchar, conociendo que era voz de una pastora que cantaba así:

*Soneto.*

Cuantas estrellas tiene el alto cielo  
fueron en ordenar mi desventura,  
y en la tierra no hay prado ni verdura  
que pueda en mi dolor darme consuelo.  
Amor subjecto al miedo, en puro hielo  
convierte el alma triste ¡ay, pena dura!  
que á quien fué tan contraria la ventura,  
vivir no puede un hora sin recelo.  
La culpa de mi pena es justo darte  
á ti, Montano, á ti mis quejas digo,  
alma cruel, do no hay piedad alguna.  
Porque si tú estuvieras de mi parte,  
no me espantara á mí serme enemigo  
el cielo, tierra, Amor y la Fortuna.

Después de haber la pastora suavemente cantado, soltando la rienda al amargo y

doloroso llanto, derramó tanta abundancia de lágrimas y dió tan tristes gemidos, que por ellos y por las palabras que dijo, conocieron ser la causa de su dolor un engaño cruel de su sospechoso marido. Pero por certificarse mejor de quién era y de la causa de su pasión, entraron donde ella estaba y la hallaron metida en un sombrío que la espesura de los ramos había compuesto, asentada sobre la menuda hierba junto á una alegre fuentequilla, que de entre unas matas graciosamente saliendo por gran parte del bosquecillo, por diversos caminos iba corriendo. Saludáronla con mucha cortesía, y ella aunque tuvo pesar que impidiesen su llanto, pero juzgando por la vista ser pastores de merecimiento, no recibió mucha pena, esperando con ellos tener agradable compañía, y así les dijo: Después que de mi cruel esposo fui sin razón desamparada, no me acuerdo, pastores, haber recibido contento que de gran parte iguale con el que tuve de veros. Tanto que, aunque el continuo dolor me obliga á hacer perpetuo llanto, lo dejaré por agora un rato, para gozar de vuestra apacible y discreta conversación. A esto respondió MARCELIO: Nunca yo vea consolado mi tormento, si no me pesa tanto del tuyo, como se puede encarecer, y lo mesmo puedes creer de la hermosa Diana, que ves en mi compañía. Oyendo entonces la pastora el nombre de Diana, corriendo con grande alegría la abrazó, haciéndole mil caricias y fiestas, porque mucho tiempo había que deseaba conoscella, por la relación que tenía de su hermosura y discreción. Diana estuvo espantada de verse acariciada de una pastora no conocida; mas todavía le respondía con iguales cortesías, y deseando saber quién era, le dijo: Los aventajados favores que me hiciste, juntamente con la lástima que tengo de tu mal, hacen que desee conocerte; por esso decláranos, pastora, tu nombre, y cuéntanos tu pena, que después de contada verás nuestros corazones ayudarte á pasalla y nuestros ojos á lamentar por ella. La pastora entonces se escusó con sus graciosas palabras de emprender el cuento de su desdicha; pero en fin, importunada se volvió á sentar sobre la hierba, y comenzó así:

Por relación de la pastora Selvagia, que era natural de mi aldea, y en la tuya, hermosa Diana, está casada con el pastor Sylvano, creo que serás informada del nombre de la desdichada ISMENIA, que su desventura te está contando. Yo tengo por cierto que ella en tu aldea contó largamente cómo yo en el templo de Minerva, en el reyno de Lusitanos, arrebozada la engañé, y cómo con mi propio engaño quedé burlada. Habrá contado también cómo por vengarme del traydor Alanio, que enamorado della á mí me había puesto en olvido, fingí querer bien á Montano, su mortal enemigo, y cómo este fingido amor, con el conocimiento que tuve de su perfección, salió tan verdadero, que á causa dél estoy en las fatigas de que me quejo. Pues passando adelante en la historia de mi vida, sabréis que como el padre de Montano, nombrado Fileno, viniere algunas veces á casa de mi padre, á causa de ciertos negocios que tenía con él sobre una compañía de ganados, y me viesse allí, aunque era algo viejo, se enamoró de mí de tal suerte, que andaba hecho loco. Mil veces me importunaba, cada día sus dolores me decía; mas nada le aprovechó para que le quisiese escuchar, ni tener cuenta con sus palabras. Porque aunque tuviera más perfección y menos años de los que tenía, no olvidara yo por él á su hijo Montano, cuyo amor me tenía captiva. No sabía el viejo el amor que Montano me tenía, porque le era hijo tan obediente y temeroso, que escusó todo lo possible que no tuviese noticia dello, temiendo ser por él con ásperas palabras castigado. Ni tampoco sabía Montano la locura de su padre, porque él por mejor castigar y reprender los errores del hijo se guardaba mucho de mostrar que tenía semejantes y aun mayores faltas. Pero nunca dejaba el enamorado viejo de fatigarme con sus importunaciones que le quisiese tomar por marido. Decíame dos mil requiebros, hacíame grandes ofrescimientos, prometíame muchos vestidos y joyas y enviábame muchas cartas, pretendiendo con ello vencer mi propósito y ablandar mi condición. Era pastor que en su tiempo había sido señalado en todas las habilidades pastoriles, muy bien hablado, avisado y entendido. Y porque mejor